

LA ESCENA CONTEMPORANEA

19 Y 20 DE
DICIEMBRE:
Sospechas,
hipótesis
y crónicas

Universidad



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar
David Viñas: Sobre LA NACION

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Argentino de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA ESCENA CONTEMPORANEA

Mayo de 2002

Grupo editor: Verónica Gago, Guillermo Korn, María Pia López, Matías Molle, Diego Sztulwark y Fabio Wasserman.

Ilustraciones: Grupo de Arte Callejero.

Ilustración de tapa: Hélion, Mai 68.

Diseño: Cutral.

Diseño Web: Javier Fernández Míguez.

E-mail: laescenacontemporanea@yahoo.com

Página Web: <http://pagina.de/laescenacontemporanea>

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Editorial

Como el lector ya sospecha o advierte, éste no es un número más de *La escena contemporánea*. No es su número ocho achicado por la escasez financiera. Las dificultades económicas para una revista independiente son un dato cada vez más relevante. Como lo es la creciente disminución de compradores y, quizás, de lectores. Son datos fundamentales, pero que no han determinado la decisión de no editar, por ahora, el número ocho de esta revista.

Teníamos otra necesidad. La de intervenir colectivamente en algunos debates que están abiertos en Argentina desde diciembre. Necesidad que se sumó a la habitual de producir escritos que no pretenden ser eruditos ni objetivos, sino polémicos. Sospechas. Intervenciones. Discusiones.

Comenzamos a escribir estas notas en febrero, entre entusiasmos asamblearios y caminatas de viernes a la noche; escribimos estas últimas líneas al día siguiente del fracaso del golpe venezolano. De distinto modo, esos sucesos nos colocan ante el dilema de la democracia. Entendiendo por ésta no un conjunto de reglas institucionales, sino los mecanismos posibles de construcción de un poder colectivo. Sabemos que Argentina fue, durante estos meses, un campo donde se exploraron con intensidad las posibilidades existentes al respecto. Los acontecimientos de Venezuela colocaron dramáticamente la cuestión más allá de su aspecto institucional: porque la feliz respuesta popular a la continuidad de Chávez, no alcanza para ocultar cierta debilidad en la construcción de poder de las masas venezolanas. Las calles, el día del golpe, estaban ocupadas por los opositores al gobierno constitucional.

Creemos, como venimos sosteniendo desde nuestro primer editorial, que las vías más ensayadas de construcción de ese poder están en crisis. Ni la acumulación electoral alcanza, ya que termina en un legalismo que no detiene una decisión imperial; ni la sumisión de los distintos procesos a una programática partidaria supone una potencia creciente. Tampoco pasa la cuestión por una iluminación discursiva o ideológica: decir aquello que oriente en la dirección correcta. Suponemos, en cambio, que la construcción de un poder popular aparece vinculada a la creación de otras formas de sociabilidad, a nuevas formas de existencia social.

Esas discusiones recorren las páginas que siguen. Primero, se trata de pensar en el marco de la experiencia abierta por los sucesos de diciembre. No de ponerlos bajo el foco de la teoría adecuada, ni diluirlos en una tradición histórica del cual serían un jalón más, sino de tantearlos y, también, de arriesgar lenguajes para

narrarlos. Creemos que una cuestión queda pendiente pero es visible su insistencia a lo largo del texto: la cuestión de la nación. La pregunta de qué posibilidades hay de una recreación de la nación hoy en Argentina.

Esa interrogación se puso en juego en recientes intervenciones universitarias. Porque, de hecho, si hay una gran institución nacional que pervive –aunque no cumpla, cabalmente, con ese carácter– es la Universidad de Buenos Aires. Su destino parece aciago: se debate en renillas menores, en mutaciones aparentes, mientras teje los hilos de su destrucción o su sin sentido. Es necesaria, nos parece, una discusión sobre su existencia y su sentido.

Como se ha dicho, creemos que en las últimas décadas la universidad se mantuvo en silencio: en el silencio recogido de sus claustros donde murmuran cófrades que se reconocen o disputan entre ellos, mientras se acumulan normas y reglamentos tecnocráticos para definir qué debe ser valorado y qué descartado. Mientras la universidad callaba, los medios de comunicación fueron generando las grandes estrategias interpretativas. Los universitarios van a los medios, pero como expertos, opinólogos, o polemizantes. Esa falta de un programa propio de interrogación del devenir de la comunidad, esa incapacidad de establecer condiciones para la discusión y el pensamiento fuera de los claustros, es lo que explica por qué, en la práctica, no se escucha más que una sola voz: la mediática. Una sola voz, cualesquiera sean sus intérpretes, porque

no es ésa la cuestión. En Venezuela, el golpe fracasado tuvo a los medios de comunicación entre sus conspiradores más activos. Su fracaso no debe velar la amenaza que supone su poder. Aquí, se han profundizado las diferencias entre los discursos interpretativos de los distintos medios, y es claro que la mayoría, la gran mayoría, se coloca al interior del partido del orden. Llamamos al orden. Desde la acumulación bien pensante del gran diario argentino –un tanto perdido ante tantos vaivenes–, desde el fascismo obscuro de Radio 10, o desde el tradicionalismo de clase de *La Nación*. David Viñas analiza las estrategias de este diario. Nuestra cuestión es la nación, también en ese sentido.

En diciembre, el Grupo de Arte Callejero, hizo una irrupción estético-política en la city porteña. La llamó "Invasión", y señalaba la vinculación –no necesariamente conspirativa, pero sí, innegablemente, analógica– entre los poderes militares, económicos, mediáticos. Son los temas que nos competen desde hace tiempo, pero cuya dramaticidad ha sido intensificada en los últimos tiempos. De esas creativas irrupciones públicas, llevadas a cabo por el Grupo de Arte Callejero, publicamos imágenes.

Éstas son, en este momento, las intervenciones de *La escena contemporánea*. Pensamos que mantener las formas –la cantidad de páginas, los ensayos individuales, las secciones– no es necesario. Esperamos, sí, mantener en esta publicación, un uso crítico y político de la palabra.

¡Esto es un quilombo!

Un núcleo se repite en la historia popular de Brasil: el del quilombo como tierra elegida, liberada, habitada por aquellos que se han fugado de la opresión a la que estaban destinados. Su mayor expresión fue Palmares; pero también resonó tras el comunitarismo místico del Conselheiro; y late en los asentamientos actuales. No porque haya una continuidad o una tradición que enlace sin fisuras la historia brasileña, sino porque el territorio liberado, como ámbito de creación de relaciones comunitarias, persiste como aspiración o como posibilidad de los oprimidos. Quilombo, entonces, como nombre de experiencias emancipatorias.

Pero más para acá –espacial y temporalmente– quilombo fue burdel: allí donde los cuerpos se convierten, sin máscaras, en mercancías. Fuera del burdel, esa mercantilización es menos evidente. De allí que podamos pensarlo como acentuación, o metáfora extrema de una condición social.

Y en nuestros días, es lo que alude a la incesante multiplicación de estallidos de desorden. *¡Esto es un quilombo!*, alza la voz el lector de diarios, mientras desfilan ante sus ojos los titulares habituales.

El país, efectivamente, se ha quilombificado. Pero no sólo en el sentido que supone el preocupado lector de periódicos; también se ha profundizado la expropiación mercantil de las vidas; y se despliegan búsquedas de espacios sustraídos a la dominación vigente.

Se quilombificó, como quería un general argentino en el exilio, pero no al modo en que lo había supuesto en sus cartas a Cooke. Un general que multiplicaba su voz en cassettes y sus palabras en cartas a destinatarios distintos y opuestos. Quilombificaba su correspondencia, confundía a sus interlocutores, para que la política argentina sea un tembladeral.

En esas cartas escritas con tinta limón, había un plan de sabotajes, huelgas, atentados; un programa que se suponía destinado a organizar y dar coherencia a todas esas acciones aparentemente dispersas. Pero esos planes secretos que implicaban inventos técnicos y saberes de iniciados, esos papeles de lectura clandestina en los que se diseñaba y proponía una estrategia guerrera, estaban también dirigidos a movilizar a un pueblo que luchaba por sus derechos, más allá de esas mismas directivas. Luchas que si bien en sus momentos de mayor intensidad alcanzaron un importante grado de autonomía, no podían dejar de ser percibidas, incluso por algunos de sus prota-

gonistas más lúcidos, como acciones tácticas que sólo cobraban sentido dentro de esa estrategia general.

La quilombificación de nuestro tiempo se nos presenta de un modo inverso: las multitudes callejeras no responden a ningún plan trazado en tinta invisible. Ni plan, ni tinta, ni texto general al cual interpretar en tanto actores de una obra ya escrita –como buscan los pensamientos conspirativos o los militantes que se arrojan la capacidad de prever, incitar y crear–, sino experiencias inéditas, encuentros, calles, tomas de la palabra.

Lo que se produjo es una comprensión callejera de las posibilidades colectivas. O mejor: comprensión colectiva de las posibilidades callejeras. Y esa comprensión o esa intuición, transformó a sus protagonistas en sujetos de una trama mayor: la de las formas de resistencia, insurgencia y creación que, a partir de los sucesos de diciembre, se han convertido en evidencia innegable.

Razones prácticas

Insistimos: no es tanto un problema de visibilidad como de comprensión. Si fuera lo primero, las intervenciones mediáticas, académicas o políticas bastarían para iluminar lo que se mantenía oculto. Pero si decimos que se trataba más bien de un problema de comprensión –de ese cruce siempre singular entre intuición y razón–, es por dos motivos. Por un lado, se había producido un desajuste en los códigos interpretativos de quienes seguían asumiendo una voluntad de transformación radical –qué era, sino, seguir buscando infructuosamente lo que había animado las experiencias más activas del pasado, para quedar prendados de esa ausencia–. Por el otro, se había tomado socialmente una decisión práctica: la de no comprender.

Para decirlo de otro modo: antes del 19 y 20 de diciembre existían a lo largo del territorio nacional numerosas experiencias vitales que eran refractarias a los valores dominantes, grupos que resistían la mercantilización de la existencia, organizaciones que luchaban por reivindicaciones puntuales pero que también, en su mismo devenir, permitían nuclearse bajo otros principios. El movimiento piquetero fue, quizás, la mayor emergencia de esas nuevas resistencias. Pero durante años, esas experiencias fueron evaluadas de modos, por lo menos, mezquinos: o no pertenecían a la clase correcta, o sus reclamos se agotaban en el economicismo del subsidio estatal, o sus luchas carecían de proyección nacional. Todo “eso” que no tenían se convertía en la argumentación para voltear la cabeza y no comprender lo que sí tenían: eso que muchos hoy descubren con asombro, y que es la recreación o fundación de formas de sociabilidad y cooperación reacias a las formas mercantilizadas y mediatizadas que organizan nuestra sociedad.

Las anteojeeras habituales impedían esa comprensión; pero también, para amplios sectores de la sociedad, el obstáculo mayor era la decisión –consciente o inconsciente, que más da– de no comprender. Si bien discursivamente la cultura política menemista era sometida a fuertes críticas, prácticamente se mantuvo incólume en su núcleo fundamental mientras se sostuvo la convertibilidad: porque se mantuvo como cultura del consumo, del dispendio, como subordinación de la comunidad a la lógica mercantil y a la acumulación individual. Se sabe que el menemismo no fue otra cosa que la culminación de una reconversión –iniciada en la última dictadura– de la sociedad argentina en función del mercado y, con ella, de la primacía, en la definición de las vidas, en

tanto ser usuario, cliente, consumidor o espectador. Por eso, más allá de la crítica moral o política que se le hacía al menemismo, su éxito práctico fue tan rotundo. Mientras duró la convertibilidad, convenía pagar los lavarropas en cuotas o el viaje a Europa, a la vez que se argumentaba sobre la ineficacia de las luchas sociales existentes que, para peor, no respondían a modelos preestablecidos o reconocibles como válidos.

Mirando hacia atrás, en los últimos veinte años, es más fácil encontrar simulacros voluntariosos que creaciones colectivas. Es bajo esas condiciones, que limitaban fuertemente las resistencias a una cuestión de éticas personales, que floreció la ilusión de una posible salvación individual: si no seremos como el Che, por lo menos llegaremos –algunos– al consumo primermundista, mientras mantenemos el póster en la habitación.

Recién cuando los procesos económicos y las medidas gubernamentales abatieron las posibilidades de reproducción de esas condiciones de vida –es decir, cuando convirtieron esa decisión práctica en nostálgica ilusión–, se hizo socialmente comprensible la existencia de experiencias colectivas y se pudo vislumbrar su importancia más allá de estar organizadas en torno a reclamos o necesidades muchas veces puntuales. Eso no significa que, para decirlo rápidamente, el corralito disparó una insurrección de clase media. No es el tipo de interpretación que, hoy, nos permita explicar algo de lo que acontece en la Argentina.

Acontecimientos y sentidos

Lo que sí queremos decir es que si para el 19 y el 20 era evidente el agotamiento de formas de vida establecidas –la crisis–, fue la experiencia colectiva

de la movilización la que permitió nuevas percepciones –sobre la crisis, sobre las resistencias–, encontrando continuidades y parentescos con lo que existía, pero también fundando otros ámbitos de encuentro, diálogo y cooperación. De allí se abren las búsquedas de articulación o de aprendizaje que la consigna “piquete y cacerola: la lucha es una sola” resuelve con demasiada rapidez. Es claro que no todas las búsquedas operan del mismo modo ni producen los mismos resultados. La pregunta por los hilos sutiles que permitan enlazar unas y otras experiencias es, también, parte de las mismas, y no la excusa para aplicar una receta, un saber o una teoría que permita interpretarlas y componerlas desde su exterioridad.

Si para nosotros el interrogante por el significado o los enlaces entre esas experiencias es parte de las mismas, es porque no suponemos pensar sobre ellas desde algún otro lugar que nos otorgue certezas protectoras. Por eso, no es la pregunta sobre qué debe hacer el intelectual, el militante o el ciudadano, frente a las experiencias sociales la que nos solicita; sino la de cuáles son las posibilidades, las fuerzas y los riesgos de esas búsquedas.

Nos reconocemos en el estado de incertidumbre –en esa oscilación entre la felicidad y la angustia, entre el temor y la esperanza– que también provocó la movilización de diciembre. Por eso no queremos hacer tesis sociológicas sobre sus protagonistas o convertirla en un hito de los rituales de una tradición izquierdista o populista; y, menos aún, considerar lo allí acontecido como una confirmación de lo que siempre habíamos sostenido. Sino, pensar e intervenir dentro de las experiencias, dentro de ese estado de búsqueda colectiva, dentro de esa incertidumbre.

Narrativas urbanas

Así como otras generaciones tuvieron su 17 de octubre o su 29 de mayo, nosotros hemos tenido el 19 y 20 de diciembre. Que son distintos, no cabe duda. Pero comparten ser el nombre cronológico de un momento de gran densidad histórica.

La necesidad narrativa sobre esos días debe ser recuperada: la insistencia con que cada uno invocaba los detalles de cómo había vivido lo que había pasado. Las rebeldías suelen ser felices, incluso más allá de las tragedias que las habitan o de la amenaza permanente de una resolución trágica. Porque hay felicidad en la recuperación de la fuerza colectiva y en el transitar fuera de los caminos previstos, en la constatación de un deseo de sociabilidad y de la capacidad de lucha. La sorpresa y la felicidad, que signaron los acontecimientos, también impulsaron su textualización.

Hoy, las narraciones de lo que pasó, en aquello que todavía tienen de huella vital, se nos ocurren más relevantes que los programas que se erigieron para organizar la protesta. Esto es: nos dicen más sobre la insurgencia y sus posibilidades los relatos de quienes participaron activamente de las movilizaciones torciendo el rumbo de sus vidas, que la adopción de las demandas correctas de una izquierda correcta.

Encontramos en esas narraciones clandestinas –la del suburbio, el barrio, el piquete, el asentamiento, la calle tomada– otras formas de nombrar lo que se escapa de la literalidad del “que se vayan todos”: Lo que para el sistema político aparece como irrepresentable, testimonió su única verdad: “aquí estamos; estos somos”. Sin embargo, los días 19 y 20 no tienen ningún reaseguro que los salve de ser capturados por una retórica que pretenda instituirlos como

“origen y legitimidad” de alguna política. Ninguna insurrección está a salvo de la lucha interpretativa que se abre para dotar de significación a “los hechos”. Es la historia del 17 de octubre y el 29 de mayo.

Recuperar esas narraciones no es sino recuperar la voz que el propio suceso se dio, su nombre y su tono.

Plazas y balcones

La destrucción de las formas asociativas y políticas que se habían desplegado hasta los años setenta, operada no sólo por el terror estatal sino también por las profundas transformaciones económicas y culturales, fue la condición de posibilidad para la abolición de la política como actividad instituyente.

La plaza de diciembre invierte y cierra la plaza de Semana Santa del 87. En aquella, Alfonsín sumaba palabras al mandato que había impartido el terror bajo la dictadura: decía “váyanse, todo está en orden”. Y ese modo de estar en el balcón sancionaba la imposibilidad de que en las plazas actuales ese espacio privilegiado de enunciación pueda ser ocupado. No se pudo impedir, aún bajo la declaración de estado de sitio, que las plazas, las calles y los espacios públicos, fueran, otra vez, territorios políticos.

19 y 20: intuiciones e hipótesis

Se podría decir que 19 y 20 fueron, como esas otras fechas mencionadas, un momento de condensación y de constatación colectiva de intuiciones hasta entonces dispersas. La primera, la del agotamiento de los partidos políticos como activos organizadores de la transformación social, pero también de su

crisis como agentes estabilizadores del orden. Segunda, la de que la dictadura había finalizado: no había que defender el orden institucional de un posible golpe y, en consecuencia, el terror militar ya no era una amenaza obstaculizadora para la acción callejera. Tercera, la de que Argentina no era el desierto en el cual lamentar la ausencia de un Frente Amplio, de un PT, de un zapatismo, o de lo que sea, sino campo de hierbas distintas. Y cuarta, que la pertenencia económico social no es un impedimento para la organización y la producción de nuevas formas vitales y de sociabilidad: los movimientos de desocupados y las asambleas barriales de clase media destruyeron los prejuicios clasistas y estructuralistas.

Ésas eran, al menos, nuestras intuiciones. Sin embargo, el modo en que se produjo esa condensación colectiva y momentánea, resultó absolutamente inesperado. Se sabe: los acontecimientos siempre escapan –o desbordan– a la pretensión racionalizadora y anticipatoria, recién después de la sorpresa se ofrecen al encuentro con los sentidos que les otorgamos.

Cuerpos embanderados

La multitud creaba un trayecto inédito mientras pisaba sobre el sendero más significativo en la memoria política de este país. Esa conexión entre un trayecto que está inscripto en las experiencias históricas de la Argentina, y nuevos modos y contenidos de ese camino, es lo que signa esos acontecimientos que tratamos de rozar, al menos, con el pensamiento y las palabras. Porque esa caminata se hizo con los símbolos, los recuerdos, las palabras de las tradiciones argentinas. Los ropajes, al decir de Marx, eran los de la nación. Decir “los

ropajes” no es, sin embargo, un gesto despectivo: toda experiencia colectiva implica prácticas, representaciones, fantasmas, lenguajes. En este caso, se activaron los lenguajes de la nación, pero también la imaginaria festiva de la murga, y la energía combativa de las canchas.

La bandera, presente hasta esos momentos como magno artilugio publicitario –vale recordar las publicidades institucionales de los canales de televisión, los spots de tarjetas de crédito o de cerveza, vale recordar, sin mucho esfuerzo, el martilleo patriotero y mercantil de los medios de comunicación–, embanderó los cuerpos. Eso nos coloca ante un dato obvio: es el trabajo de reapropiación y el enfrentamiento simbólico el que activa la memoria nacional, y no ésta la que “permite” el proceso de luchas. En cada momento se trata, entonces, de una memoria que establece renovadas relaciones de sentido con el pasado.

Estamos ante la paradoja de una memoria nacional que embandera luchas políticas y sociales cuyo despliegue constata, a cada paso, el agotamiento de esa posible proyección nacional. En especial, en tanto ésta implica colocar al Estado como centro organizador de cualquier estrategia de construcción política o como punto de llegada de las experiencias colectivas. El carácter paradójico, tenso, no resuelto, de esta relación entre lo que se experimenta y su representación, permite entender las muy diversas interpretaciones sobre lo que ha acontecido desde diciembre hasta ahora. En sus versiones extremas y, por eso mismo algo caricaturizadas, se encuentran, por un lado, aquellos que inscriben las movilizaciones en una larga saga de las luchas nacionales –para algunos comenzadas durante las invasiones inglesas– y, por el otro, aquellos

que las piensan en un puro presente de luchas mundiales que cobraron forma a partir de Seattle.

La sublevación de los restos de la patria

Dijimos que hay una memoria nacional, es cierto. Pero la existencia de esa memoria no significa que los sucesos de diciembre y enero nos coloquen ante la posibilidad de un proyecto nacional, que dispute el control del estado para fundar un capitalismo serio y regulado. De hecho, el grupo productivo se diluyó en lobbys ministerial, y el mentado plan nacional en subsidios empresariales. En negocios más o menos rentables, para decirlo de otro modo. No cabe considerar la cuestión como un problema de individualidades: fulanito es chanta, corrupto o traidor. Más bien, comprender el funcionamiento de una lógica que delimita las posibilidades de eficacia.

Una de las más recordadas descripciones del 17 de octubre señalaba las figuras que marchaban y las incluía en una fortísima imagen: la del subsuelo sublevado de la patria. Metáfora geológica que aludía, bajo su forma compacta, a la existencia laboriosa, resistente y subterránea de un pueblo oprimido y, a la vez, de un horizonte nacional en el cual intervenir para terminar con esa opresión. Si quisiéramos ser fieles tanto a esa imagen poderosa como a nuestra realidad, habría que decir que ahora nos hallamos más bien ante la sublevación de los restos de esa patria.

¿Esos restos son los fragmentos que podrían ser enlazados en una patria renovada? ¿O son al mismo tiempo embriones de otro tipo de experiencias colectivas que ya no tienen la nación y el estado nacional como posibilidad, aunque los tengan como aspiración?

Porque es evidente que, como deseo, la nación sigue tiñendo las luchas sociales; sin embargo es difícil encontrarla como dimensión significativa de las luchas existentes. Esas luchas, creemos, nos colocan ante nuevos sujetos. O mejor, ante nuevas prácticas que nos indican que la búsqueda de los sujetos tradicionales es tan vana como reactiva.

Desde la vida dañada

La destrucción constante de las vidas, la ruptura de formas de sociabilidad que de algún modo organizaba el estado nación, el estallido de las instituciones sin que sean reemplazadas por nuevas, son evidencias de este momento. Una sociedad en disolución: ¿qué deja? ¿Qué podemos ver en y durante el derrumbe, al que parece imposible detener? ¿No nos deja frente a la coexistencia de una amenaza de guerra generalizada, e intentos de construcción comunitaria incipientes?

Esos intentos, a los que habitualmente les llamamos resistencias, no son sólo aquello que reacciona o se activa en una deriva ciega. No son, como la noción de resistencia muchas veces supone, sólo reacciones mecánicas, defensivas, frente a la destrucción de los lazos sociales. A veces, implican dimensiones y prácticas que son líneas de fuga, creaciones, que van más allá del terreno diseñado.

Las prácticas pueden ser innovadoras por dos razones. Una, porque se han transformado las condiciones sociales, económicas, políticas y culturales, y las resistencias se hilan sobre los puntos conflictivos de esas condiciones. Y cuando decimos que se han transformado las "condiciones", nos interesa señalar que son las condiciones bajo las cuales se constituyen los sujetos. La otra razón no está en el plano de la causalidad ex-

terna, sino en la búsqueda y en la creación de formas de lucha más eficaces.

No son razones contradictorias, más bien confluyen. Porque si es cierto que el corte de rutas es a la sociedad del 20 por ciento de desempleo lo que la huelga era a la del pleno empleo; también lo es que ni la huelga ni el piquete son meras técnicas de reivindicación, sino señales de cooperaciones y creaciones cuyos efectos son más profundos que lo que se obtiene en el paro o en el corte.

En los barrios

En las asambleas barriales a veces pasa algo más que el "hacer de la necesidad virtud". También se ensayan otros vínculos y otras posibilidades: no es una reunión de consorcio a nivel barrial, tampoco una sociedad de fomento, pero menos aún una asamblea defensiva —organizar tal o cual marcha— o de recitado de consignas. Algo de todo eso hay, pero sobre el suelo de un encuentro con otros y el ensayo de modos de reapropiación de las condiciones de vida. Si hay una transformación a señalar es que los vínculos vecinales se han reorganizado: es fácil constatar que si hasta hace unos meses los vecinos se reconocían en la organización de medidas represivas o en el retumbante pedido de seguridad, hoy prima el encuentro sobre otras bases. No es poco.

Ya hemos dicho que no todo es novedad. De hecho, las asambleas barriales le insuflan savia semanal a las formas partidarias más tradicionales de la izquierda. Las tensiones en las que abundan las asambleas están vinculadas al problema de cómo, bajo nuevas condiciones, y con una fuerte percepción de la novedad, se procesan subjetividades políticas constituidas en el pasado —qué decir, sino, de los partidos de izquierda

con representación parlamentaria que convocan a actos bajo la consigna "que se vayan todos"—. El uso de la palabra, el control de los tiempos, los modos del discurso, las consignas, se convierten en territorios en disputa. El mayor riesgo, de todos modos, es que aquello que surgió el 19 y 20 se transforme en repetición ritual, o en una voluntad de resistencia sin contenido real —el buen asambleísta puede, prácticamente, añorar los gloriosos años del dólar uno a uno, mientras engalana sus marchas con las retóricas de la revolución—. Es decir, el peligro real es que las asambleas no sean ámbitos de transformación subjetiva, sino de reunión de consignas y demandas.

Fotos

Pero, ¿cómo decir si ha de pasar esto o lo otro, si diciembre nos demostró que las certezas se habían diluido en el aire y los conocimientos se desarmaron como herramientas predictivas? Hasta ese momento suponíamos saber qué iba a pasar, ahora sabemos que no se sabe qué es lo que va a suceder.

Pasaron cuatro meses desde los acontecimientos que, sentimos, han irrumpido en el transcurrir de la vida en Argentina. Cuatro meses en los cuales los variados intentos de estabilizar lo tembloroso han fracasado. No tanto por la resistencia popular, sino por la incapacidad de articulación de los intereses de los distintos sectores dominantes. Hay amenazas en el aire: desde una sumisión mayor al control imperial —por la vía de un gerenciamiento directo—, hasta la construcción de un bloque cívico-militar al que no le tiemble la mano para arrasar con los nuevos luchadores. Un diario clásico en estas lides se convirtió en el vocero de esa tendencia: denun-

cia a las asambleas como soviets, y a las movilizaciones como provocaciones al desorden.

En ese contexto, poblado de fantasmas, se conmemoró otro 24 de marzo. Los actos, y en especial la marcha, pueden ser interrogados como una foto de la Argentina actual. Excluidos los partidos mayoritarios, ausentes las centrales sindicales –incluso aquella que desde el vigésimo aniversario convoca a la organización de esas marchas–, las calles fueron ocupadas por viejos y nuevos cantos, por viejas y nuevas banderas, por viejos y nuevos militantes. Fue una marcha con muchas palabras: sumaba los cantos compartidos en los ochenta, los estribillos de los escraches, y la negatividad de los cacerolazos. Los partidos y

dirigentes que tallaron en la posdictadura hoy son repudiados: las calles, las conmemoraciones, quedaron en manos de aquellos que ahora se sienten partícipes de la historia. Se terminó así una etapa. Y se abrió otra, tan incierta como real.

Porque si había dudas acerca del contenido democrático del “que se vayan todos”, el 24 quedaron despejadas: no se trata de golpismo alguno, ni de reivindicación extemporánea de los “salvadores de la patria”. Se trata, por el contrario, de manifestar una decepción –con respecto a aquellos que condujeron la institucionalización de una democracia débil y antipopular– y un deseo. El deseo de profundizar las posibilidades abiertas por los sucesos de diciembre.



INVASION

MULTINACIONALES
Empresas que dominan el consumo, los bienes, los recursos naturales, la economía y la política de un país.

MASS MEDIA
Formadores de la opinión pública. Como soportes de la publicidad influyen en el mercado.

SISTEMA DE SEGURIDAD
Encargado de vigilar, controlar, y disuadir por medio de la fuerza, para prevenir toda forma desestabilizadora del sistema económico vigente.

Cronicar

Verano 2001-2002

La sorpresa

Once de persianas bajas y brazos caídos. Parece, decían los comerciantes de variados orígenes étnicos y culturales, que vienen las horas. Desde el oeste: Moreno. Ya en Constitución los que vienen del sur. En las puertas, delante de las persianas metálicas, corre el miedo. Imágenes frescas de televisión: los chinos saqueados.

–*Nos avisaron que ya estaban cerca...*

Los rumores: salen las fuerzas armadas a la calle. El más serio: el presidente va a anunciar el estado de sitio.

Corrientes, también de persianas bajas. La pizzería, los amigos, los comentarios: se viene un golpe por derecha, quizás cívico-militar, las posibilidades de Seineldín.

–*La gente tiene miedo, va a bancar el estado de sitio.*

Demasiado preocupados para seguir ahí.

De nuevo la calle. Bocinas.

–*¿Hubo partido?*

–*¿Golpean ollas?*

Joven, sentada en el umbral, con utensilios de cocina.

–*¿Qué pasó?*

–*Renunció De la Rúa... no, Cavallo.*

Bocinas, ruidos, golpes. Gente que camina hacia el Congreso. No cesa la preocupación, ¿opositores al gobierno organizados por Radio 10?, ¿seineldinistas?

Son unos cientos. Nosotros, espectadores todavía. Alguien dice haber escuchado un discurso en cadena nacional. Dicen, también, que parecía una burla. Y que se anunció el estado de sitio.

Suben –ellos, todavía no nosotros– las escalinatas del Congreso. Son argentinos o gritan serlo o amar este país. Pero también: “*qué boludos, qué boludos, el estado de sitio se lo meten en el culo*”.

Ahora sí. Hay alegrías compartidas. Llegan amigos, conocidos, vecinos: sorprendidos y sonrientes. Alguien dijo: “*los radicales son un fenómeno: con un discurso de cinco minutos te llenan la plaza.*”

Pasiones

–*¿Escuchaste el discurso?*

–*¡Y por qué te pensás que estoy acá! Claro que lo escuché. Ese hijo de mil putas. Parecía un tarado. No sé cómo pudo llegar a ser presidente. ¡Y yo lo voté! ¡Soy más hijo de puta que él todavía! Yo soy el boludo que le dio*

cabida. ¡Hijoderemilputa!... ¡¡¡Argentina, Argentina, Argentina!!! Vamos, cantá conmigo...

–Argentina, Argentina...

–Pero gritá, parecés De la Rúa, tenés menos pasión que una merluza... ¡¡¡Argentina, Argentina!!!

–¡¡¡Argentina, Argentina!!!

El que se despertó

Horas después. Ya de madrugada. Después de los gases, las corridas, y antes de las balas. Esa hora indefinida que todavía tenía algo de fiesta, de espera, y de temor.

Rivadavia, la *mais larga do mundo*, estaba transitada. Algunos iban, otros recién llegaban.

Él estaba solo. Se puso a hablar mientras caminamos.

–Vivo acá cerca, en un hotel, pasando la plaza. Pero estoy cansado: me levanté a las seis para laburar.

Ostensiblemente norteco, conversador y feliz:

–Estaba durmiendo, pero escuché ruidos y bajé. Estaban con las ollas. Me dijeron que el presidente habló. Vine porque era un deber cívico.

Y ya sin lecciones: –...porque esto es mejor que votar, ¿no?

Los que dudaban

Había un circuito: de Plaza de Mayo a Congreso y al revés. Al costado, adosados seducían al transeúnte belicoso.

–No sabía si venir...

–¿Por qué no?

–Me preocupa, no se ven banderas ni conocidos de izquierda, no sé quiénes son. Quizás vienen sólo por el corralito.

–Yo dudé porque si en Belgrano protes-

tan no tengo nada que ver. Pero fueron a putear a Videla, antes de venir...

Mientras los dudosos y los provistos de certezas caminaban de un lado a otro. Multitud desconocida, como toda multitud. Roces incómodos, parentescos indeseados. También, deseo colectivo.

¿Quiénes somos en ella? ¿El que sabe que no le gustan sus vecinos de Belgrano, el que está más cómodo con los militantes conocidos? ¿O somos de los que se dejan arrastrar por la caminata de los muchos?

Banderas

Entrar y salir de la Plaza de Mayo. Correr por los gases. Volver, bajo la sorpresa de que muchos vuelven.

Muchos, embanderados bajo los colores patrios. Hay excepciones: los que portan las banderas de su identificación con un partido político.

–Che, vos... Bajá esa banderita roja si no querés que te la meta en el culo.

–Pero compañero...

–Compañero las pelotas, yo no soy ningún compañero... ustedes son todo lo mismo. Se quedaron con mi guita. Y ahora qué me van a decir, que "era mejor el comunismo". Dejate de joder. Mirá si voy a trabajar para haraganes como vos que se la pasan todo el día diciendo boludeces.

–No, trabajá para que todos los que te dijeron que "esto" era lo mejor se queden con tu guita.

–No me forriés pendejo. ¿Vos sabés quién soy yo? Y bajá esa bandera. Acá nada de partidos. Ustedes lo único que quieren acaparar las cámaras. Acá sólo banderas argentinas.

Otro se suma:

–Sí loco, bajá la bandera...

–¡Que se vayan todos y que no quede ni uno solo!

Divina juventud

Adolescentes. Casi niños. Caminan también. Festivos, entusiastas, recuperan la calle.

—¿Pegaste?

—Sí, un veinticinco. Pero lo tengo que repartir con el Pitu.

—Bueno, pero arma uno ahora.

—Con esto tenemos para toda la noche, trasca, esto va para largo.

—Acá a la vuelta los pibes le están dando masa a la vereda y guardando las toscas en los bolsos. Deben pesar como veinte kilos. Sabés como va a quedar el brazo mañana.

—Me dijo el Pitu que el primo, ese que trabaja en el Stud... ¿Cómo se llama?

—¿Jorge?

—Sí, Jorge. Bueno, me dijo el Pitu que Jorge se trajo dos potes de crema de esa que le ponen a los caballos para calentar el músculo.

—¿Para qué? ¿Pega eso, es como el poxi? Dejate de joder boludo...

—No gil. Es como el ratisalil. Es para el brazo. Sabés cómo van a volar las toscas... es para el brazo, boludo.

Iras

Coordenadas de la porteñidad: Corrientes y Callao. El hombre está solo y espera los acontecimientos en Callao y Corrientes.

Que lleguen: estallan vidrios. Piedras voladoras: encuentran su destino en la vidriera de una casa de música. Correr, agarrar, la felicidad del rebelde se suma al deseo de la propiedad.

Algunos se apresuran y entran por los espacios más amplios. Toman lo que pueden y se lo llevan.

Uno sale con un televisor en sus brazos, casi cariñoso: como si fuera una

criatura. Llama a un taxi para que le ayude a transportarlo. Antes que suba, llega otro. Que venía marchando por Corrientes. Hasta ahí, movilizad y espectador del saqueo. Pero agarró un palo y de un solo golpe destrozó el televisor.

—De aquí no se va nada...

Su contextura no dejó surgir reproche alguno. Nadie entraba, ya, al negocio. Reaparecieron los cánticos.

La vuelta al orden del desorden se produjo.

La calle y la tevé

Estar en la calle y no saber para qué. O no animarse a entrar en las oleadas del combate callejero. Caminar, chusmear, encontrarse con conocidos. El veinte.

O quedarse mirando televisión.

En la pantalla las imágenes eran cada vez más dramáticas. Se enumeraban muertos. Los caídos de la insurrección. Ardían algunos locales, otros eran saqueados.

Televisión y teléfono. Timbre. Una casa a cinco cuadras del Congreso tiene desventajas y ventajas: llega el aire irritante de los gases, y pasan los amigos a descansar y comentar.

Comentar la incertidumbre. Ya no el qué hacer, sino lo que vendrá.

Televisión: muertos. Timbre.

—¿De dónde venís?

—Primero fui a la Plaza de Mayo, después anduve por Avenida de Mayo, 9 de Julio... caminé hasta Congreso.

—¿Está muy duro, no?

—No, no pasa nada...

—Pero, ¿no viste la televisión?

Corralitos

Una plaza agobiada de tristeza. Su nombre: memoria de antiguos combates. Primero de Mayo. Territorio de desocupados, sin techo, y jaula para perros. Segunda asamblea, los vecinos todavía se encuentran sin reconocerse.

Alguien porta megáfono. Habla. Aún no hay control de los tiempos.

Se asoma él. Con poncho rojo, sombrero negro, meses, por lo menos, de dormir en la plaza.

Grita:

–Padrecito, ahora hablás, pero no te vi cuando estaba lloviendo...

Camina y grita, rodea el círculo de vecinos y grita: *–mucho bla, bla, para eso prefiero a De la Rúa.*

–Si querés hablar, anotate en la lista y cuando te toca decís lo que quieras...

La plaza es triste, lloviznosa, con piedritas que incordian y perros que ladran sin parar.

El que usa el megáfono y el turno de hablar se queja del corralito. Una mujer acota, entusiasmada y altisonante:

–Sí, nuestro problema es el corralito, porque está siempre lleno de perros...

Derechos

A tres cuadras no hay tantos malentendidos.

Hay organización, militantes profesionales, comisiones que dan y dan informes, planes de lucha nacionales, y jerga asamblearia clásica. También, control de los tiempos –tres minutos–, que sólo los muy avezados militantes pueden sortear, hablando una vez por cada una de las comisiones a las que pertenecen, y alguna otra por su carácter de vecinos.

Es dramática la lucha por el tiempo. También por hablar. A veces, llega el

turno –que puede ser a la semana siguiente– y no hay nada que decir. Pero hay que usar los tres minutos y si es posible estirar un poco más.

Ella pide la palabra. Quiere explicar su combate contra una empresa de electricidad para evitar el corte. Saca papeles, cartas documentos, facturas impagas. Las lee detenidamente. Pasa el tiempo reglamentario. La moderadora pide que cierre. Se niega:

–Voy a hablar todo el tiempo que quiera...

A los quince minutos crece el descontento, hay gritos, ella sigue.

Saberes

La ida: una vida acumulando prestigios, supuestos blasones librescos y académicos. También, charreteras del mundo de las izquierdas. Acumulación de un tesoro a disponer cuando las masas movilizadas lo reclamen. Qué mejor que ponerlo a disposición de las asambleas.

La ida: zona sur, un barrio activo. Una plaza, una memoria gauchesca. Hay lista de oradores.

La democracia exige paciente paciencia. Él no la tiene:

–Estás diciendo boludeces, ustedes son todos iguales...

–Si querés hablar anotate en la lista de oradores, y esperá...

–Yo voy a hablar porque sé lo que digo, ¡soy profesor universitario!

Contra sus previsibles supuestos, los vecinos no creyeron que su empleo mereciera una excepción en la organización de la palabra.

Insistencia. Puteadas. Finalmente, golpes.

La vuelta: el profesor universitario se retira, golpeado. También, denunciado en el boletín de la asamblea por agredir, físicamente, a una vecina.

Alguna vez, el profesor universitario dijo –en un lugar más ameno para su voz: en una mesa redonda– que los pi-queteros eran pedigüños de limosna, ahora esperará otro encuentro circular –y entre iguales, sin alteraciones molestas– para denostar a las antidemocráticas asambleas.

Listas

En febrero, la política virtual está que arde. Más caliente que el verano. Mails y mails narrando asambleas, convocando a otras, informando de comisiones vecinales, tomas de fábricas, festivales, actos comunitarios. Otros, con propuestas.

Uno, de la gremial de profesores universitarios. No podemos quedarnos afuera del proceso. Encima con las facultades en receso.

Es una invitación a incluirse en una lista de profesores dispuestos a dar charlas en las asambleas barriales.

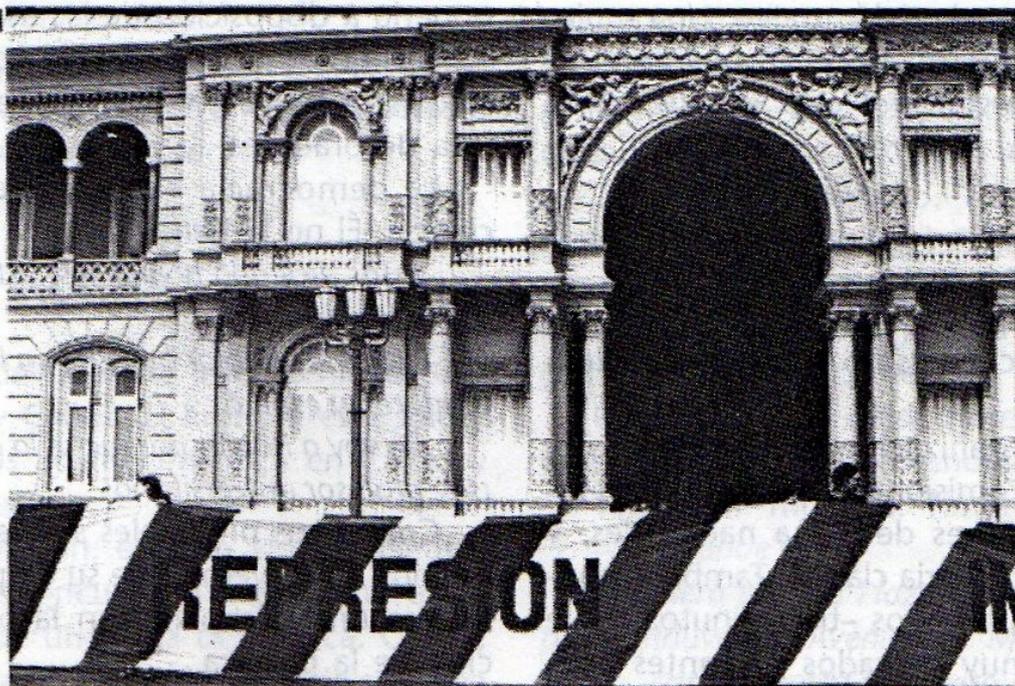
–La gremial les va a ofrecer a las asambleas una lista para que convoquen a los expertos...

–Pero si los profesores ya participan, al menos los interesados en el proceso, de las asambleas...

–Como vecinos. Así, si los llaman, es para dar charlas... ¿Te anotás?

–¿Zafamos de los tres minutos? Me anoto...

–Se le puede dar la lista a los de Extensión, ¿no?



Notas sobre la universidad

1

La universidad pública no es exclusivamente un conjunto de edificios a reconquistar. Creemos, por el contrario, que la *universidad* sólo existe en ciertas apariciones, momentos y lugares. Y esas apariciones (que no siempre se sitúan en sus agobiados edificios) se diferencian de su *apariciencia* porque son producto de la invención.

¿A qué llamamos, entonces, *universidad*? O, mejor aún: ¿por qué llamar *apariciencia* a esa rutina material, edilicia, salarial, y administrativa? ¿A qué nos referimos cuando hablamos de esa *otra* universidad que existe de manera discontinua, a modo de destellos?

Aquí se hace presente nuestro principal problema: la constatación de que la universidad como un conjunto de *apariciones* disruptivas que ponen en evidencia, trastocan y transforman el régimen que organiza las prácticas, hoy no existe. Y cuando intentamos rastrear esas apariciones inevitablemente nos debemos remontar al pasado: a una memoria de los tiempos audaces de la universidad.

Pero no todo es pasado. Hoy en Argentina no puede negarse que exista –y se hacen presente todo el tiempo– una variedad de prácticas radicales que efectivamente cambiaron el país durante, al menos, el último año.

Esta segunda constatación desbarata la explicación que durante los 90 se escuchaba justificando la pasividad de la academia: la universidad expresa lo que pasa *afuera*; por eso en los 70 fue revolucionaria y en los 90 es neoliberal. El análisis sistémico que sitúa a la universidad como polea de transmisión no explica la universidad de los 90 pero tampoco la de los 70. Lo que hace es someter a la universidad a una lógica de la *imitación* impulsada por el padecimiento de las condiciones a las que cada época la determina.

Podríamos enunciarlo así: sólo una universidad irreflexiva, sin capacidad de proveerse a sí misma de sentidos, constituye su *dependencia* del exterior. Así, sin capacidades soberanas que le posibiliten un intercambio enriquecido con experiencias heterogéneas, la universidad queda atrapada en el dilema de la “isla democrática” o el sometimiento liso y llano. Esto significa: una universidad sometida a las modas y sin elaboración propia sobre la época, la que se le aparece como una verdad mayor a la que recibe con un gesto de pasividad.

2

La lógica que de allí se desprende es clara: mimetizarse, ahora, significa emular el estado de movilización social, ponerse a tono con lo que pasa *afuera*. Para ello se recurre a una metodología insulsa: se ensaya una especie de observación participante; y luego, se intenta reproducir lo observado en su interior. Se simulan escraches, cacerolazos y hasta asambleas, despolitizando así lo que en otras circunstancias son formas genuinas de la interrogación social sobre las formas de intervención política.

La universidad, sus cuadros académicos y políticos, perpetúan una vergonzosa claudicación frente a la sociedad y frente a sí misma. Pretenden sustituir un programa productivo propio por la importación de mecanismos que, por sí mismos, no prolongan ninguna eficacia. Se *copian* procedimientos a modo de legitimar su existencia. Pero, si algo deja claro esta política es que *falsea* a la experiencia real, aquella que introduce una alteración singular de las locaciones espaciales y temporales de los cuerpos y los saberes, y que inaugura posibilidades hasta ese momento impensadas o impensables, tal como efectivamente hacen los escraches, las asambleas y los piquetes.

3

En todo caso, y tal como dice León Rozitchner, hay que distinguir las formas en las que se piensa y se practica la universidad. En una reunión en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y en el contexto del lanzamiento de su candidatura de rector, decía León que la "gratuidad" no puede reducirse a su pura literalidad. Es decir: el ingreso de miles de personas a la universidad no

basta para definir contenidos universitarios ni para darle fundamentos materiales a su existencia.

La universidad como *evidencia* tiene varios *a priori*: dice, por ejemplo, que en el "departamento de filosofía hay filósofos", de la misma manera que anuda sin problemas la excelencia académica con un saber técnico-erudito sin vínculo ético alguno. O, de nuevo, insiste con que "gratuidad" quiere decir simplemente "no pagar".

Los principios y supuestos que sostienen hoy a la universidad pública funcionan sosteniendo un "lugar" simplemente "disponible" y, por tanto, a ocupar. La universidad como tal no es más que una institución entre otras; un sitio al que debe defendérselo (y eventualmente, renovarlo) para que se *consERVE*.

Con la desarticulación del estado de *bienestar* se liquidó buena parte de la posibilidad de regulación. Esta situación ha condenado a la UBA –como al resto de las instituciones de raíz estatal– a un desangre presupuestario permanente. La universidad ha reaccionado frente a esta situación de forma anacrónica, corporativa y torpe.

Así, el consignismo vacío pero efectista –la "gratuidad", la "autonomía", el "ingreso irrestricto", la oposición a todo ajuste presupuestario y la "excelencia académica"– logró hacer sostener cierto barullo mientras se tejía un pesado silencio frente a la destrucción de la nación.

Una *rutina* universitaria mediocre (que se esforzaba en repetir ritualidades y formalidades) sirvió para mantener cierta *apariencia* de universidad y usufructuar sus restos de prestigio político. La coexistencia de autonomía y encierro improductivo significó identificar a la primera con un conjunto de reglas autónomas de valoración y de definición de las posiciones. Esta práctica le imprimió un sentido principal a la ac-

tividad universitaria: la reproducción de las posiciones y la identificación de la relevancia del conocimiento con su reconocimiento al interior de la academia.

La universidad como evidencia cree poder prescindir de su auto constitución: supone que no hace falta una operación intelectual, crítica, ética y política sobre sí misma que le proporcione sentidos vivos.

4

La universidad, para existir, supone un trabajo que anime esa existencia. La universidad debe elaborar sus *propias demostraciones* bajo riesgo de mostrar sólo pruebas de la ausencia de todo pensamiento. El camino de la apariencia, del "hacer como si", por el contrario, la condena al rumbo de la *imitación*.

Sin ese trabajo de reflexión y creación sobre sí misma –ausencia que caracteriza a la academia–, sólo le queda la simulación o el fantaseo de vínculos privilegiados con el país: fantaseo que va desde imaginar las aulas como espacios de producción de cuadros revolucionarios de vanguardia hasta la conversión del saber en herramientas técnicas a disponer para buenos objetivos.

Una universidad traductora de textos y de estilos. *Una universidad sin nación*: sometida por su renuncia ética a la pregunta por las formas de construcción de un significado para sí misma en una época en que la nación tampoco es un dato por sí mismo *evidente*. Que la nación no sea evidente no quiere decir que no exista, sino que su existencia es sometida al mismo examen al que sometemos a la universidad: las existencias –de la UBA, de la nación– no pueden ser asumidas como datos obvios, sino como interrogantes de resolución imprevisible.

5

La universidad se renueva. O renueva su personal. Otros discursos. Intenciones renovadas. Buenas intenciones. Pero permanece la institución universidad, cuya razón de ser es, sobre todo, un exiguo presupuesto estatal.

Esta permanencia se da, otra vez, de la peor manera: sometiendo el juego político universitario a una miserable copia de la política nacional. Marketing, currículum vitae, carrerismo y *rosca* en épocas del menemismo; y cacerolazos, escraches y *rosca despolitizantes* en tiempo de agitación social.

Ahora, en la universidad circulan dos discursos *aparentemente* antagónicos (aunque se entremezclan). El significante en juego es el del *recambio*, la *refundación*. Pero esa disputa se juega también bajo el régimen de la simulación. Quienes adhieren –por diversos motivos– al proyecto de una universidad calificadora de mano de obra "de excelencia" (sector que abarca desde los alumnos que practican el vilipendiado "curso y me voy" hasta los académicos que necesitan la *chapa* de la UBA para sus carreras profesionales y quienes se ufanan de saber gestionar de la mejor manera tales propósitos) y las agrupaciones políticas estudiantiles de oposición, que se oponen a la reducción de lo universitario a criterios mercantiles y administrativos estrictos.

Se trata de una *lucha despolitizada*. Los mismos grupos que luchan en contra de la *apoliticidad* de la universidad promovida por la feudalización de los espacios han elaborado un discurso que afirma mucho más que lo que cuestiona de la institución. A partir de una renovación que consiste sobre todo en un estilo más televisivo, repleto de tics pertenecientes a una antipolítica de mercado, se reivindica una auténtica *merito-*

cracia en el reparto de los escasos bienes circulantes –tras constatar la usurpación burocrática del radicalismo y las prácticas políticas entendidas como obtención de negocios y prestación de servicios–. Esta *nueva política universitaria* se funda en una *comprensión* del estudiante desinteresado y escéptico, al cual apelan y colaboran a constituir. Bajo la premisa –nada arbitraria– que les indica que a estos jóvenes la política universitaria no los motiva ni les da oportunidades, se proponen abrir las puertas del ascenso político y académico expropiado hasta el momento por los dispositivos de poder de la Franja Morada.

Bajo esta estrecha comprensión de lo *generacional* se lanzan a la *reconquista*: a su paso comienzan a cuestionar lo que se les aparece como una cierta “gerontocracia” que obstaculiza el camino de los más nuevos y desincentiva a los jóvenes pujantes. Hay un problema de escasez en la universidad: de los puestos con respecto a la cantidad de aspirantes –excesiva– a ocuparlos. Se propone, entonces, que el mérito (en general definido, también, por mecanismos burocráticos) reemplace criterios más oscuros, pero bajo el discurso de que se trata “que entren todos”.

Los que hacen política universitaria *aggiornadamente* y los estudiantes desinteresados son dos variantes al interior de una misma lógica: el utilitarismo. Y los discursos que se desprenden de ambas posiciones para justificar la defensa de la universidad pública, con sus diferencias, tienen una misma marca de origen.

6

La universidad está plagada de saberes instrumentales. Enredada, entre ellos, se le escapa una y otra vez, la po-

sibilidad de localizar un sentido ético. No tiene un cuerpo consistente por sí mismo: su existencia depende de las invenciones a las que está dispuesta para poner en juego su propio lugar, el de los cuerpos y los saberes.

Se nos ocurren dos posibilidades. O la universidad está agotada en sus capacidades de producir pensamientos fundados éticamente, o su estado actual responde a un paréntesis de pasividad que, en algún momento, puede cerrarse. En cualquiera de las dos opciones planteadas la universidad carece del monopolio del pensamiento. De una u otra forma participa de procesos más abarcadores.

Ni agotamiento, ni paréntesis, entonces: la universidad ha caído en la saturación de un sentido propio derivado de sus reglas institucionales de funcionamiento. La pregunta por las posibilidades de habitarla de otro modo se vincula con la capacidad de reencontrar lo que sucede en la universidad con los procesos de pensamiento que recorren al cuerpo social. Esta capacidad no consiste en la postulación de diseños de gestión, renovaciones empobrecedoras de lenguajes y juegos de mimesis respecto de las luchas sociales con las que la propia universidad no sabe vincularse, sino en la producción de prácticas con la suficiente potencia para interrogar y recrear los saberes que por la universidad circulan.

La sustracción respecto de la lógica normativa universitaria aparece así como condición para la producción de un *acto* de crítica cultural capaz de fundar sentidos transversales a la experiencia del pensamiento y a las prácticas en que se sostiene. Sin esta retrospectiva vivificante, la universidad funciona más como obstáculo que como propiciante del pensamiento, abocada como está en lograr su preservación.

Críticas

El texto que sigue a estas líneas fue entregado por su autor en noviembre de 2001. Entonces la guerra en Afganistán ocupaba la atención de todos. Ahora los lectores de diarios recorren noticias sobre Palestina o Venezuela.

Pero las *Instrucciones...* no son coyunturales: no se trata de señalar el trato erróneo que *La Nación* da a algún tema en particular, sino de ver la trama de sus constantes, conocer el tipo de abordaje que el más que centenario diario hace de manera permanente.

Es un diario que, sin velos, toma partido. Hace unas semanas, alentando al que consideraba *su* candidato a rector –Jaim Echeverry–. El incentivo se materializaba en espacio destinado a la reproducción de frases de *La tragedia educativa*.

Días después, la página editorial se exasperaba y titulaban “No se debe indultar a Emilio Alí”. Enmarañaban, para afirmarlo, argumentos jurídicos, legales, y, finalmente, ordenancistas: si sale libre, todos los hambrientos se sentirán con derecho a saquear, hay que mantener el castigo ejemplar.

Más para acá proponía que el golpe a Chávez –durante el único día que podía brindar por la ruptura del orden constitucional– demostraba el fin de los mesianismos políticos. La vuelta al orden.

No es que prescindamos de matices: *La Nación* no suele tenerlos respecto de los temas “relevantes”. “Hacia los nuevos horizontes que se abren hoy ante los publicistas y los hombres de Estado, están trazadas las rutas ciertas del porvenir. Son como nuevos dominios de la política y de la idea, de los que es necesario tomar posesión sin pasar de largo y desconocerlos”, escribían en 1870, presentando el diario en lengua colonial. El modo en que toman posesión de los dominios o festejan a quiénes tienen poder para hacerlo, es lo que, lúcida y críticamente, analiza David Viñas en su ensayo “*La Nación: instrucciones para su uso*”.

LA NACION: instrucciones para su uso

por David Viñas

a la memoria de Ramón Alcalde

Un Mitre, la Virgen y el arzobispo

"Con toda la justísima amargura que revela su carta de ayer, no habría podido aumentar la profunda contrariedad producida en mí por el desgraciado hecho a que se refiere."

Jorge Mitre, director de *La Nación*, al arzobispo de Buenos Aires, fray José María Bottaro, abril 13 de 1927.

Antecedentes: una empecinada búsqueda de figuras de la historia que corroboren cierta genealogía probatoria de una actualidad más o menos polémica. Sería un proyecto, algo parecido, quizás, a una jurisprudencia tan polvorienta como categórica que materialice eso que solía llamarse "la gloria". Pero que, generalmente, al resultar impregnada de una suerte de melancólico sarro, suele convertirse en parodia, desinterés, elegía o inoperancia.

Sin embargo, y tratando de conjurar, si cabe, ese desabrimiento que emana de cualquier ademán reivindicatorio –tardío por definición–, se me insinúan apellidos y nombres que, concretamente, padecieron el monopolio de la opinión descalificatoria del mitrismo: Juan Bautista Alberdi, Carlos Guido Spano y Navarro Viola Miguel.

Los tres dibujan, como víctimas del terrorismo periodístico, una tipología que si se abrió con la injuria sistemática, se fué prolongando con el ninguneo y el arrinconamiento condescendiente, hasta incurrir en la persecución y el olvido definitivo. Los tres, en sus daguerrotipos, de perfil y fatigados, cultivan una secreta obstinación que ya confirma a disgusto los límites insuperables de su campo de posibles.

La guerra del Paraguay fué el punto de partida de tres variantes interpretativas, heterodoxas para el poder de *La Nación Argentina* y para su prolongación después de 1870. Y desde esa fecha, por lo menos, se puede postular no sólo el espectro punitivo ejecutado por el mitrismo, sino también el abanico de mediaciones y ejecutores, así como las respuestas de sobrevivencia de quienes fueron señalados como *reos*.

Dentro de la *tipología inaugural* –que, entre cosas, subraya las relaciones entre los intelectuales argentinos y un núcleo santifica-

do del Poder-, Alberdi, inerme, aterro-
rizado, opta por el exilio como espacio
posible donde "lamer sus heridas" (se-
gún su propia definición) y reconstruir
algún sentido deseable a sus campañas
críticas, Spano opta por una táctica más
restringida y, a la vez, más sutil; desli-
zándose desde un cuestionamiento agre-
sivo hacia géneros más inocuos habita-
dos por ninfas, hexámetros y espionajes
silvestres, hasta concluir su proyecto de
blanqueo sistemático en el cultivo de su
flauta, acurrucado entre su "barba eóli-
ca" y las sábanas de su cama monumen-
tal. Miguel Navarro Viola -más econó-
mico- después de "marearse en un pon-
tón penitenciario", se decidió escrupu-
losamente por un silencio barrial en una
marginalidad que se le fué superponien-
do con el anonimato.

"... todo ello sale de la casa de Mi-
tre, ese Dios de cartón con orope-
les, digno Júpiter de un pueblo im-
bécil. *La Nación* por su parte lleva
un odio hacia mí hasta suprimir de
los documentos oficiales mi nombres,
hasta mutilar los informes, hasta ves-
tir con mis nombramientos a perso-
nas ajenas al cometido, hasta borrar
o falsificar los decretos i los hechos
notorios, o pretender hacerlo con no
hablar de ellos, o desnaturalizarlos".
Eduardo Wilde, 11 de junio de 1901.

A lo largo de este linaje tentativo, y
al tratar de ir recuperando algunas fi-
guras, al filo del 900 aparece un par de
escritores muy vinculados al roquismo
y con rasgos que oscilan entre lo más
rescatable del *progresismo liberal* y un
estilo inconfundible donde el humoris-
mo más despiadado e inexorable (so-
bre todo con sí mismos), se trenza con
la difusión de epigramas que al perio-
dismo mitrista le sonaban a réquiem o
epitafio: Eduardo Wilde y Osvaldo Mag-
nasco. Pareja excepcional del anticleri-

calismo, ambos padecieron, con diver-
sas variantes, las puniciones de *La Na-
ción*. Porque si el autor de *Agua abajo*
se convirtió en "el chivo emisario" de
una calumnia que lo perseguía hasta en
Bruselas o en Madrid, Magnasco pre-
sintió que lo mutilaban por sus "exce-
sos sarcásticos". El único lugar de des-
quite en el que *se abroquelaron* fué su
correspondencia privada. "Una intimi-
dad desgarrada". Sobre todo con el
mismo Roca que los dejó "con el culo al
aire" frente a "los castigos que emana-
ban del Júpiter aldeano de la calle San
Martín".

El recorrido longitudinal de las tác-
ticas punitivas ejecutadas por *La Na-
ción*, va poniendo en la superficie, así,
sus rasgos coyunturales: victorianos ha-
cia 1870, eduardianos al llegar al 1900;
con una mayor violencia después de
Pavón, o con el predominio de recur-
sos más *sofisticados* como la calumnia o
las delaciones en los años de enfrenta-
mientos con Alem e Yrigoyen. Desde
cierta frontalidad castrense, los desliza-
mientos se fueron dando en dirección
a lo policial; y de los residuos de las
guerras civiles se pasó al control de los
acuerdos políticos sucesivos. "Encua-
dres". Y escribiendo en el pizarrón: del
predominio romántico del mitrismo
atropellador en proyecto y ascensión,
al positivismo más *sistemático* -como fi-
losofía escéptica de adultos- en coman-
dita con el "orden conservador". Y las
víctimas preferidas pasaron consiguien-
temente desde una oposición explícita,
de "magnas polémicas", hacia la prefe-
rencia por "cabezas de turcos" que al-
teraban la tersura del cielo postulado
por *paralelas*, más "administración y
menos política".

Literatura y sanción

"La familia Mitre es dueña y editora de *La Nación*, el diario más poderoso del país, que a su vez ejerce una influencia tácita sobre la vida intelectual argentina mediante el simple expediente de controlar quién y qué se publica o reseña en sus páginas". Nicolás Shumway, *La invención de la Argentina*, 1993.

El otro momento en esta *diacronía* eventual, se sobreimprime con la presidencia de Marcelo Té de Alvear (1922-28). "Etapa ejemplar" para la perspectiva del liberalismo tardío. Agustín P. Justo, ministro de guerra, editor del "patriarca" y homenajeante servicial, sobrevuela como divisa. Con esos datos, suficiente. Si se necesita alguna aclaración, cfr. *Palabras socráticas* de Arturo Cancela, nexo intelectual, privilegiado, entre *La Nación* y el Poder. Cancela solía ser humorista: "como en el Martín Pescador", decía, quienes entre sí entraban en la ronda y quienes *out*.

Se trata de una coyuntura, pletórica y autocomplaciente, que ostenta como signos oficiales el *Sombra* de Güiraldes, y el acelerado, subrepticio, desplazamiento del diario mitrista desde los últimos resabios anticlericales hacia el integrismo beato (que culminará con el Congreso Eucarístico Internacional, de 1934, y con la adhesión incondicional a la *cruzada* franquista de 1936).

Pero el adiposo alvearismo de 1927, si con algo se confirma es con las sanciones periodísticas que el director de *La Nación* le aplica a Carlos Alberto Leumann por su cuento "heterodoxo" y presuntamente *escandaloso* que publica en el suplemento de su diario.

Leumann fué la víctima en este caso. Ejemplar: Leumann era un típico ejemplar de la generación de *Nosotros*, hijo de la gran inmigración y formado en la biblioteca mental de Rubén Darío. "Ino-

fensivo" decían de él Bianchi y Roberto Giusti. En efecto, sostenía un aire de abate linfático y servicial y provenía, como escritor, de comentar "cosas" sobre la vida conventual de seminaristas, inciensos, casullas y "angustias de la carne". *Un espíritu pío* comentaba, malicioso, el doctor Gálvez.

Leumann creía en el periodismo "libre". Creía que *La Nación* era un modelo de esa "generosa utopía". Creía que entre los intelectuales se practicaba "un auténtico intercambio de opiniones" y que la literatura argentina representaba el santuario de esas devociones. Creía, también, que las verdades evangélicas gozaban de una extraterritorialidad "estética"; y en los hermanos de Jesús y en las costumbres maritales de San José. Desdeñaba, sin exasperarse, la "incomprensión de la gente", el "tumulto católico" y "las pequeñas pequeñamente adversas". Es que Leumann creía, realmente, en cierta privilegiada franja transhistórica, sobre todo si se pertenecía al *estáf* de *La Nación*.

Pero toda esa utilería no era ni paraguas, ni santuario, ni canon, ni patente de corsario espiritual, y mucho menos el más allá en mi cielo invulnerable: "Ultrajes más groseros contra la Madre de Dios", "Virgen Santísima reducida a una histérica que se deja deshonrar", "blasfemias", "ofensa más honda". Bottaro José María, fraile y arzobispo de Buenos Aires, con su mejor letra apleton pone de su lado "a nuestro pueblo" y a "sus tradiciones más sagradas". Y, en cierre, rápido, le exige al Mitre de turno, director de *La Nación*, que "repare ese agravio".

Y el Mitre de 1927: "Justísima amargura" –gangosea contestándole a Bottaro–, "profunda contrariedad", "incalificable agravio" –parece decir *mea culpa*–, "ultraje a la fe de mis mayores". Y "para tranquilidad de mi conciencia",

sumiso, "presenta excusas" por el "malhadado artículo". Consciente de haber cumplido con su deber, culmina: "Agregaré que el señor Leumann que figuraba en nuestro personal desde hace años, ha presentado su renuncia, que le fué aceptada". El arzobispo lo magnifica y condecora: "En el testimonio de mi sincera satisfacción por la forma caballeresca como usted ha tratado de reparar el mal del que *La Nación* fué, como usted dice, vehículo pero no cómplice."

Doble discurso

"La Nación será una tribuna de doctrina." (Núm. 1, Año 1).

Putas y novelistas (según un filósofo suicida de frontera y muy leído hasta el año pasado) exhiben un parentesco: ambas corporaciones se esmeran en producir y vender lo placentero. Dicho esto sin faltar y aludiendo de manera ecuanime a las presuntas diferencias instrumentales.

—Después de reflexionar prolijamente, me involucro en la segunda categoría, así como saludo, enternecido, a las figuras precursoras de la Naná zoliana y de la Beter Clara de Viamonte y Junín.

Supongo que nos vamos entendiendo. Porque al leer el prestigioso matutino porteño fundado allá por 1870, y después de verificar su ecuanimidad y sus editoriales que dimanaban ora jurisprudencias, ora equilibrios y meditaciones, me topé con un diminuto recuadro que, día a día, celebra el santoral: esa jornada aparecía dedicada a Santa Crispina, abadesa, virgen y medieval. Motivado por semejantes virtudes, recurrí al diccionario y allí me informé que había sido, además, borgoñona, de la pequeña nobleza local y fundadora y mártir durante las confusas tropelías de los albigenses.

—Y a por ellos.

Es que tales perfumes piadosos me estimularon y avancé en la lectura de ese diario: expectativas financieras; una foto, de perfil, del sultán de Marruecos; otra, enérgica, del gallo Rhode-Island campeón; varias reconvenções no sólo a los sindicatos sino a las divagaciones estratégicas del doctor Alfonsín; desinteresados remilgos ante todo lo que fuera "política"; aplausos, moderados, a los aportes culturales de los más recientes countries entre Brandsen y Cañuelas; el perenne Roberto T. Alemani profetizando.

—Etcétera.

Apasionado por la sección de avisos clasificados buscaba, infructuosamente, alguna pichincha de un 4x4 cuando, de pronto, leo: "Cuky, nenita compl. rubia, solita". Mi tradicional sentido solidario, aprendido entre los exploradores de Don Bosco, se alarmó. Más abajo, se ronroneaba: "Popi, casi niña, dulce, inocente". Era un listado de huérfanas que necesitaban ayuda. Por cierto. Pero al fondo de semejantes desdichas, apenas y muy breve, casi afónico y haciéndose el muerto, se susurraba: "Rolo, muy potente, variado".

"El mercado es ancho y ajeno" —me tironearon— "y cuando se lo defiende en los editoriales, se termina difundiendo hasta en los zaguanes". Pero, iba a refutar apelando a la venerable trayectoria del matutino; y, desde ya, que al decoro familiar y a las entonaciones catequísticas de Santa Crispina.

—Qué ultraje.

(—Qué risa.)

Para sobreponerme a tales vilipendios, opté por la prolijidad filológica: la lista de Acompañantes, 569, en la sección *Clasificados*, se abre con coquetos nombres de guerra que empiezan todos con "a". Ni el abecedario puede eludir la dialéctica de la razón financiera.

"Aby", "Abundya", "Athile" "Aximia". La solitudine, ay, prevalece; la selva de cemento siempre fué despiadada. Los rasgos del pelo recrean: "Rubia", "pelirroja", "ensortijada", "trecitas". Este último aderezo se vincula, casi siempre, con "bebota", "nenita" o "guardap". Y si las abreviaturas resultan enigmáticas ("cul.pa.", "sup.esp."), las escenografías parecen aludir a cierto catastro secreto: "Trib.", "t./viv.", "de.cen." En cuanto a las referencias tribales, insinúan alicientes: "ale.", "fran." y, explícitamente, "polaquita", "japonesa" o "rusa", lógicamente posterior a las sabias políticas de Boris Yeltsin. Lo variado es garantía de calidad, y los honorarios oscilan –coyunturalmente– en significativas rebajas, saldos, descuentos o retazos en relación con el paradigmático *Cronista*.

–Es posible abundar en este borrador de las gratas taxonomías de un diario tan serio.

Fluye un reguero de "mulatas", "bronceadas", "morochas", "castañas". Va en gustos. El consumidor elige y el cliente siempre tiene razón. "VIP", "sensuales", "nivel ejecutivo", "negra exuberante" o "Iliona del Paraguay". Naranjas, computadoras, bikinis, digestivos espumantes y anchoas muy exigentes. Y las góndolas mitristas culminan en convocatorias más plurales: "musculoso", "macho surf", "velludo", "fachero", "superdotado".

–Las mercancías por ser ofertas resultan neutrales –me bajan línea–, y los mercachifles son los culpables que las utilizan y apelechan redactando aún esos grafitis.

–Am, am".

Si Scalabrini Ortiz le reprochó a Ignacio Anzoátegui que en sus *Vidas de muertos*, de 1933, había cuestionado a todos los próceres del museo oficial, "excepto al que tiene un diario de guardaespalda", Nicolás Shumway, actual

profesor de Yale –inscripto en la lúcida secuencia de Wright Mills, Jaime Petras y Edward Said–, en *La invención de la Argentina* (Emecé, 1993), consigna: "el mayor estratega de Curupaytí, con elocuencia liberal, llamó a su periódico *Los debates*, aunque siempre desplegó un solo punto de vista; con elocuencia liberal llamó a su siguiente periódico *La Nación*, nombre que disfraza su inflexible prejuicio porteñista".

Ecléctico, hoy, ese mismo diario se ha ido desplazando desde la publicidad tradicional hacia mediaciones más amenas. O conviviendo. La altiva doctrina junto al discurso interpersonal y cachondo. El beato guardaespalda se ha convertido, por fin, en aggiornado proxeneta más o menos light.

–*Sancta Crispina, ora pro nobis.*

Escribir bajo la mirada de los dioses

"El nombre y el apellido arriba y a la derecha".

Mis primeros pasos, libro de lectura, Moly & Laserré, 1942.

"El ojo del amo", creí recordar. Error mío. Preocupante, por cierto, nada menos que confundir la mirada con la palabra. *The master's voice*, anunciaba un viejo aviso de la casa Víctor donde un perro diminuto se sometía delante de un fonógrafo. Quiero suponer que se trataba de una voz tan irrefutable (unívoca y autoritaria, quizá), que había logrado la preponderancia de una mirada que domina exigiendo desde las alturas.

Porque si se releen con pausa las inflexiones que en Roberto Arlt aluden a la presencia del poder, lo canónico, la censura o las eventuales puniciones, se puede llegar a la verificación de los lí-

mites que subrayan *el campo de posibles* de los personajes (y, mediatamente, del mismo Arlt).

“No lo hagas y no lo temas” o *A partir de aquí empieza la frontera*, son voces apenas insinuadas pero que cuchichean rebotando entre líneas y por los rincones. Es que las figuras arltianas portan a un adolescente que, de pronto, es descubierto en infracción. Y *Perdón, Lugones* o “Le juro que no voy a escribir más esas cosas, mi general”, son las excusas o las promesas de contrición a las que siempre se alude.

La Nación –el suplemento literario sobre todo– es el ojo sin parpadeos pero siempre vigilante del Polifemo académico. Cada vez que Arlt emite un lunfardo, cuidadosamente lo pondrá entre comillas. “Yo no” –sugiere–, con la punta de los dedos apenas, “distancia”, eso. Y agrega: “Juro que cada vez que me timenten las palabras concha, pija y coger, y otros naturalismos, consultaré el diccionario de sinónimos”.

Se podría proponer una explicación de *la insipidez* (de la gran mayoría) de la literatura argentina tratando de recuperar esas relaciones entre el intelectual y el poder; y la secuencia mercado de los prestigios/reconocimiento/consagración. Con sus episodios sucesivos: enviar, servicialmente “una carta de lector”; borrar, después, alguna reseña imperceptible; aplaudir, moderado, cierto libro fangoso; deslizarse hacia la franja de los *yesman*, hasta culminar en una foto con la mano apoyada en la sien o sonriendo, frente a un mundo indiscriminadamente navideño. La censura había penetrado así hasta el hígado. Y de manera consiguiente, la abdicación, la cortesía o la complicidad de los escritores de nuestro presunto país, se irán articulando en relación a la mirada represora que, simbólicamente, se ha ido depositando en el diario mitrista.

Búmerang

“Y si recorremos el listado de los profesores (de la universidad de las Madres) encontraremos una muestra, un magnífico muestrario de ex subversivos.”

Raúl Julio Dumais, en *La Nación*, octubre 22 del 2001.

Una pedrada tirada en el centro de un estanque: *La Nación*, al dibujar sucesivos círculos concéntricos, no sólo amplifica el agravio inicial sino que termina convirtiéndolo en un insulto y, luego, en amago de delación y castigo. Es que a mayor distancia del punto de partida polémico, las opiniones que ese diario va difundiendo, se exasperan y ganan en imprecisa crispación lo que pierden en presuntas argumentaciones neutrales.

Porque si Verbitsky se presume demostrativo cuando me califica de *infiel* en relación a la arbitraria referencia a mis dos hijos desaparecidos, Andrés Oppenheimer –corresponsal en el estado de Florida– sostiene sin vacilar, en ese diario conservador que yo “aplaudí” la muerte de “los inocentes de las Torres Gemelas”. Y a su vez, en la semana siguiente, Raúl Julio Dumais, imperceptible lector de ese matutino, me adjudica un “odio pestilente”.

Se trata de un circuito búmerang que subraya el itinerario Buenos Aires/Miami/Buenos Aires: del suburbio periodístico al centro imperial y, desde allá, en un vertiginoso rebote que recalca nuevamente en lo de Mitre. La polémica inicial ha mutado en ofensa hasta convertirse en diatriba policial. Ecuación que corrobora, en el mismo ademán, la red informativa con sus mediadores lejanos y su inmediato público lector: aparentemente objetivo en el punto de partida, el intelectual *independiente*. El corresponsal orgánico se irrita en su distancia más borrosa. Y el lector porteño, por

fin, enardecido al exhibir su "lealtad" ante *La Nación* y su reverencia por el módico espacio participativo que se le concede desde arriba.

La escritura "objetiva" se ha ido deslizando hacia *lo servicial*; y de ahí se difunde una ideología del consumo vengativo e incondicional. Se van ensayando así los tres roles eventualmente punitivos del terrorismo periodístico: el fiscal, devotamente prolijo a un costado; el juez más fervoroso y lejano en el centro; y el espontáneo postulante a próximo ejecutor entrecerrando esa coreografía intimidatoria.

Ben Laden y el fantasma de Curupaytí

"Es como buscar una aguja en un pajar".

La Nación, octubre 26 del 2001.

Un paradigma del desplazamiento de una noticia lo va trazando *La Nación* –como vocero privilegiado y acrítico del discurso imperial–, desde la orden a lo sheriff que emitió Bush inmediatamente después del 11 de septiembre exhibiendo su espléndida espontaneidad, hasta llegar a la desalentada versión de Rumsfeld, secretario de defensa de los Estados Unidos, que apela a la inasible aguja perdida en un pajar. Del tejano prepotente, pues, el terrorismo periodístico argentino va pasando a la desabrida relativización.

No puedo menos de recordar, aquí, la frase fanfarrona de Mitre al declararle la guerra de "represalias patrióticas" al Paraguay: "en un mes en los cuarteles, en dos meses más arrasando Humaitá, y en tres meses dominando las calles de Asunción". *Analogías*. Ciertamente, sí. 1865/2001. La historia como en espiral se repite –en diversos niveles y circuns-

tancias– entre la prepotencia de una "alianza" mediatamente dependiente del poder imperial del siglo XIX, y los alardes discursivos de otra *alianza* imperialista del siglo XXI.

Ben Laden fué desde el comienzo una figura fantasmal a la que en ningún momento exalté por mi hipótesis inicial, entre otras razones yo ni sabía de su contradictoria y escurridiza existencia. Fraguada y puesta en circulación patéticamente por Bush, se ha ido mutando –en la obsecuente secuencia periodística de *La Nación*– en un ente tan perverso como volátil. Y si en una inflexión intermedia pasó de la demonología a la teratología como *monstruo* o "frankenstein", en otra variante mucho más sutil e inexplorada se trocó en una caricatura lombrosiana definida por sus rasgos deprimidos (en el mejor estilo "encuadres a lo *Crítica de Botana*" con flechas, petizos orejudos y diagnósticos sobresaturados), que se entremezclaban con sus privilegios "multimillonarios" y sus "emboscadas" estratégicas. De los pósters reclamándolo *vivo o muerto* que el presidente norteamericano había tomado de las películas de "cowboys" –según recrea el diario mitrista, se ha llegado así a la más reciente y flatulenta "corrección de Bush: *Aquí no se trata de una persona*".

Los únicos que realmente se entusiasmaron con semejante divisa "oriental" fueron los voceros del Pentágono y de la Casa Blanca. Es su manera de pensar: la historia explicada por la nariz de Cleopatra o los triunfos del general Brant en la guerra civil por sus *drinks*, anárquicos y secretos. Y episódicamente *me limité a cuestionar los argumentos* que intentaban descalificar a esa entidad fantasmal por ser "millionario" o por haber sido "adiestrado por la CIA". No; no me conforman. Argumentaba a mi vez: la historia está llena de figuras formadas por el gran poder de turno, pero que,

girando 180°, terminaron enfrentadas a esa misma fuerza. *Traidores a su propia clase de origen*, propuse para despegar de ese diagnóstico mutilado. Por eso sugiero analizar, por ejemplo, el aprendizaje español de San Martín que se convirtió en uno de "los magnos enemigos de los godos de Fernando VII". O el mismísimo Fidel Castro, tan mimado durante la etapa de Sierra Maestra por la revista *Time* como "joven Robin Hood enfrentado al hijo de puta de Batista" ("nuestro hijo de puta", como había corregido, en su momento, Franklin Delano Roosevelt), así como, en el mismo período, "divinizado" por el diario porteño del inolvidable capitán Manrique.

A veces conviene repetir: lúcidos y fecundos *traidores a su propia clase de origen*. Que en sus giros copernicanos, jubilosos, llevaron al argentino y al cubano a "pararse" poniéndose de parte de los *damnés de la terre*. El coro subyacente, y generalmente mudo, era lo que importaba y no el protagonista de pasarela.

— *La Nación*, en la penúltima etapa de este itinerario, y de acuerdo a su notorio sentido del humor, ha empezado a borrar chistes del "fantasma oriental que recorre el mundo", llevados por la mano del irresistible Nik.

Bronte, De Amicis y Sherlock Holmes en Afganistán

"Afuera sopla un viento imposible, y Abdul Shahid está acostado en una cama desvencijada, con cara dolorida y un pie enyesado. Es uno de los tantos niños-soldados, tiene 14 años, pero parece de 10".

Elisabetta Piqué, enviada especial de *La Nación*, octubre 28 del 2001.

Los redactores de *La Nación* si requieren santificaciones, apelan urgentemente a las "personalidades" canónicas que

portan un signo más arriba y a la derecha; figuras que siempre se iluminaron con un *efecto halo* descendiente directo de la "novela unitaria". De manera análoga Amalia —ese paradigma celestial de 1850— se legitimaba en todos sus ademanes, suspiros, confidencias y otras languideces por el parentesco que emanaba de ciertas "princesas austríacas".

En cambio, si esos periodistas necesitan conmover en sus relatos, prefieren convocar a las figuras adjetivadas con señales desprotegidas: niños, mujeres, enfermos y ancianos se convierten en sus preferidos. Infancias, climaterios y geriátricos. Así es como los venerables recursos instalados en los prosenios por el *Corazón* de Edmundo de Amicis reaparecen no ya en la Lombardía del siglo XIX, sino en el Afganistán de nuestros equívocos días. Pero si los finales de acto se cerraban entonces con una sola palabra in artículo mortis y trocada en epitafio como sentencias en despedida, entre musulmanes (siempre "más enfáticos" de acuerdo al peculiar orientalismo de los corresponsales mitristas), ese recurso se resuelve como un chantaje ternurista.

Si el lector eventual —por ejemplo— no se conmueve ante una mujer mortificada, rápidamente se le agregan algunos "partos desdichados" y varias "supuraciones en las mejillas". Como se supone que el naturalismo siempre resulta eficaz mediante sobresaturaciones, el verosímil "nacionalista" apunta al gran guiñol: "una pierna recién amputada" o, mejor, la sangre debe "estallar", *salpicando* si es posible, o mediante goteos más o menos sincronizados que, paradójicamente, remiten al Sagrado Corazón de Jesús. Al fin de cuentas, para los cronistas del establishment, toda esa colección de vísceras sólo se padecen en "exóticas y desamparadas" comarcas asiáticas.

Por su vertiente, las escenografías, especialmente subrayadas para que resulten *más intensas*, exhiben los procedimientos intimidatorios que provienen, sin mediaciones, de los *espacios moralizados* tan transitados en *Cumbres borrascosas*: serviciales truenos y relámpagos que corroboraban “los dolores del alma”; un rayo oportuno avalando intensidades y desgarramientos. Es que la naturaleza romántica, superpuesta a cierta parroquia de Newcastle o en alguna localidad sobre los acantilados de Dover, se desplaza vertiginosamente hacia los arrabales de Kandahar: “infernales tormentas” –así resuenan– como “enormes nubes grises de polvo, donde el viento viene soplando horriblemente”.

Se trata, además, de un tópico: “polémica del afuera con el adentro”; el universo afgano, correlativamente demoníaco, amenaza las interioridades del *home* radicado en Ohio o en Pittsburg.

Por varias razones nada secretas –para los corresponsales de *La Nación*– los talibanes de Kabul son lo más parecido al *Jack el destripador* victoriano, mientras el junior Bush ha alzado al policíaco Sherlock Holmes como emblema de su cruzada.

Terrorismo periodístico

“Los bombardeos americanos desbaratan las emboscadas de los defensores de Kabul”.

La Nación, noviembre 11 del 2001.

Los grabados abrumadoramente triunfalistas mediante los que el diario mitrista exalta el poder destructivo de bombas y aviones norteamericanos destinados a las poblaciones afganas, podrían llevar ese título: *Terrorismo periodístico*. A partir de los procedimientos con los que intenta conjurar su propio

miedo y, si cabe, convencer a los lectores con una pedagogía amedrentadora: *Seis mil ochocientos kilos* –repiten fasciados sus diversos redactores–, *arrasan viviendas, destruyen cualquier defensa, aniquilan cuevas y bunkers*, insisten en un coro macabro e incondicional.

Así como con las fotografías de niños campesinos tratando de abrir un paquete de comida que, en medio de los ataques aéreos, destaca una inscripción explicativa del “humanitarismo” y de “la generosidad” del poder de los Estados Unidos. Una diminuta y enérgica bandera subraya el origen del regalo.

Además vibran las palabras preferidas con las que el neoliberalismo argentino saluda especularmente las operaciones militares del imperio (“arrasada”, “demolición”, “devastadora”, “liquidación”), que terminan convertidas en una parodia del sombrío poema de Eliot. Más adelante, la figura fantasmal del *Lucifer musulmán* –que continúa siendo “sospechoso”, “presunto” o “eventual”– aparece cruzada por rayas explicativas de las numerosas *deformaciones* que lo definen “científicamente”. Es que *La Nación*, en su última etapa ha recurrido a las explicaciones toscamente lombrosianas de que echaba mano la *Crítica* de Botana para dibujar las vendedoras “perversiones” del Pibe Cabeza o del Petiso Orejudo.

Y como cierre de semejantes declaraciones, no sólo se destaca en recuadro el discurso del último de los Bush en Shangai –localidad en la que culpó al 11 de septiembre del “desastre provocado en los mercados internacionales”–, sino que titulares, copetes, sueltos y destacados por el periodismo canónico complementan las estrategias tipográficas con la desinteresada convocatoria del vicepresidente mister Cheney a “todos los malos muchachos que

pueda reclutar la CIA". Entre los que, *naturalmente* digamos, pueden contar desde ya con Astiz y los otros héroes de la ESMA.

Por mi empecinamiento genealogista, verifico en los archivos cómo caracterizaba el linaje periodístico mitrista los acontecimientos históricos de la guerra del Paraguay, hacia 1867, y los correspondientes a la revolución mexicana alrededor de 1914: Solano López y Pan-

cho Villa eran, respectivamente, "un demonio guaraní" y "un bandolero terrorista"; sus rasgos personales se balanceaban entre "unos labios muy abultados" y "una piel sospechosamente negroide". Finalmente los soldados guaraníes debían "ser exterminados", así como las tropas de la División del Norte, definidas por "su barbarie", "tenían que ser sometidas a lo más riguroso de la Ley Marcial".



NÚMEROS ANTERIORES

Nº 1. Noviembre de 1998

AGOTADO

Nº 2. Mayo de 1999

EDITORIAL

1989: Ensayos de María Pia López, Diego Sztulwark, Guillermo Levy, Javier Trímboli, Guillermo Korn, Ricardo Aronskind, Marcela Martínez, Ezequiel Yanco.

VISTO, OÍDO Y HABLADO: Los libros de la buena memoria por Fabio Wasserman

NOS QUEDA LA PALABRA: Entrevista con Alberto Piccinini

ENVITE: CORREPI

CRONICAR: Thatcher y Mijail Gorbachov en el Bajo Flores por Julio Vezub

HISTORIAS SIN MAYÚSCULAS: La historia de George Psorias por James Petras

TEXTOS ENCONTRADOS: Heterodoxia de la tradición y Nacionalismo y vanguardismo en la ideología política por José Carlos Mariátegui

Nº 3. Octubre de 1999

EDITORIAL

GUERRA, VIOLENCIA Y POLÍTICA: Ensayos de Luis Mattini, Marcela Martínez, Guillermo Korn, Diego Sztulwark, María Pia López, Eduardo Grüner

NOS QUEDA LA PALABRA: entrevista con Lilianna Herrero

ENVITE: Miguel Santopietro, ex combatiente de Malvinas.

CRONICAR: De Cochabamba a Vallegrande por Andrés Ruggeri

TEXTOS ENCONTRADOS: Apuntes sobre el Che por John William Cooke

Nº 4. Abril del 2000

EDITORIAL

PREGUNTAS SOBRE EL SUJETO: Ensayos de Eduardo Rinesi, Rubén Dri, Ignacio Lewkowicz, María Pia López, Diego Sztulwark, Fabio Wasserman

ENVITE: La Grieta

VISTO, OÍDO Y HABLADO: Nueva novela histórica: narrativas desconfiadas por Federico Scigliano

CRONICAR: Amsterdam: una fábrica de nubes por Kleintje

TEXTOS ENCONTRADOS: Miedos, complejos y malosentendidos por Ismael Viñas

QUERELLAS: Ni ofendidos ni domesticados: un debate sobre la condición intelectual por La escena contemporánea

Nº 5. Septiembre del 2000

EDITORIAL

HACER LA AMERICA: Ensayos de Guillermo Korn, Diego Sztulwark, María Pia López, Coriún Aharonián, Eduardo M. Basualdo, Claudio Lozano Pablo Perazzi. Entrevista a Pepe Mujica.

VISTO, OÍDO Y HABLADO: Maldiciones argentinas (apuntes sobre *Restos pampeanos*) por Alejandra Prilutzky

NOS QUEDA LA PALABRA: Entrevista con León Rozitchner

ENVITE: Proyecto Los Horneros

CRONICAR: Tierra Santa por Miguel Vitagliano

NOTAS AL PIE: Muertes y nacimientos por María Pia López

TEXTOS ENCONTRADOS: Arte, Arte puro, Arte Propaganda... por N. Lamarque, J. L. Borges, L. Waismann, O. Gironde y C. Córdoba Iturburu.

FOTOS de Silvina Enrietti

Nº 6. Junio de 2001

EDITORIAL

¿QUÉ HAY DE NUEVO, VIEJO?: Ensayos de Diego Sztulwark, Fabio Wasserman, María Pia López, Matías Molle, Dardo Scavino, Miguel Mazzeo.

VISTO, OÍDO Y HABLADO: Manu Chao: la globalización alternativa, por Cecilia Flaschland

NOS QUEDA LA PALABRA: Entrevista al El Mosh, Alejandro Echeverría, de la UNAM

ENVITE: La Biblioteca Pedro Milesi, por Susana Fiorito

CRONICAR: Impresiones

NOTAS AL PIE: Good show, vermouth con papas fritas, por Guillermo Korn

TEXTOS ENCONTRADOS: Tristezas de sábado, por Raúl Scalabrini Ortíz.

LEA Y DIFUNDA: Carta de Emilio Alí

FOTOS de Silvina Enrietti

Nº 7. Octubre de 2001

EDITORIAL

POSTALES ARGENTINAS: Ensayos de Guillermo Korn, Diego Sztulwark, Ana Fabbri, Matías Molle, María Pia López, Cecilia Flaschland

VISTO, OÍDO Y HABLADO: Sobrevivientes, por Verónica Gago

NOS QUEDA LA PALABRA: Entrevista al padre Jesús Olmedo

ENVITE: El brote. Movimiento cultural y solidario

CRONICAR: El interior del interior por Liliana Herrero

TEXTOS ENCONTRADOS: Regreso de la guerra locuaz por Juan Carlos Onetti

FOTOS de Silvina Enrietti

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Argentino de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA ESCENA CONTEMPORANEA



Editorial	2
19/20	4
Cronicar	12
Notas sobre la universidad	17

LA NACION: instrucciones para su uso,

por David Viñer 22